

La Dibujada

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

En el corazón de la Fila Costeña se desarrolla esta historia. Altos y bajos. Bajos y altos, una montaña rusa de colores. Cimas enormes y valles profundos. A lo largo de silladas y rejoyas se transita por esa región aún feraz, rica en colores. Festival de pinceladas glaucas. Cintas café rompen de vez en vez la monotonía de las montañas y unen los diferentes paisajes que componen, como un gran rompecabezas, la geografía de la Fila Costeña. Por esas cintas transita la vida entre pueblo y pueblo. Una de ellas que desde el pueblo de Colinas se bifurca sobre las montañas, que como una gran bufanda circunda los gruesos cuellos de los cerros llega, entre paisajes de montañas y potreros hasta ver al fondo el surco gris brillante del General, el paraje de La Dibujada.

¿La Dibujada? ¡Muy singular el nombre del pueblo!

¿La Dibujada?

Un nombre extraño que cobra todo su sentido cuando se llega al lugar y se visita la gran Piedra. Así, en mayúscula. Una roca ígnea básica, un gabro, dicen los geólogos.

Una piedra, dice el pueblo. Esa piedra es la dadora de tal nombre.

La piedra dibujada. ¿Ahora si se entiende el topónimo?

La piedra dibujada posiblemente fue un mojón que señalaba el lugar donde se bifurcaban caminos ancestrales, rutas insospechadas que desde tiempos pretéritos comunicaron aldeas, trabajadores, abras. O una página de historia perdida en el tiempo, que nosotros no podemos leer, no podemos descifrar.

-Siga hasta la piedra dibujada, de ahí bajando hacia el río está el abra de fulano de tal o de perencejo de cual... Así posiblemente eran las señales en esas épocas. Mas el tiempo borró del nombre el sustantivo *piedra* y quedó solamente en el argot popular *la dibujada* flotando en el caldo eterno del tiempo.

Pero, ¿por qué se llama la piedra dibujada?

Cuando uno se acerca a ella se descubren figuras humanas, extrañas cruces, animales, caras, figuras geométricas, entre otras que son elocuentes testigos de culturas de otros tiempos. Los cabécares, posibles artífices de tal arte, florecieron en el sitio de La Dibujada.

Buril pétreo manipulado por artista mano, plasmó la percepción colectiva, tal vez individual, de la cultura del pueblo representada en glifos para los entendidos en arqueología; figuras

o dibujos para los neófitos en esa ciencia, muestran una composición impresionante, como un mapa mental. Un pizarrón de roca que en silencio cuenta una historia y hace que el tiempo sea circular. Y muchos dicen que nuestros ancestros no escribían, pero esas figuras representan una historia, una composición literaria aún no traducida. Es una escritura parcial, pictográfica, similar a los dibujos de las cuevas europeas.

Maravillado acaricio la arcana superficie de la piedra y me sumerjo en las tibias aguas de la pictografía.

Entonces, como un sonido distante, oigo el monocorde son del tambor y los frescos sonidos de la grácil ocarina de formas de pájaro o de rana. Se desdibuja el paisaje y a lo lejos se materializan las viviendas cónicas de techo de palma fina y magistralmente entrelazada, mujeres en sus labores de tejido, niños jugando con guijarros del río cercano y los hombres en las hamacas descansando de la caza del día, o bien, fabricando duras puntas de flecha con la madera del pejibaye. Al fondo, los productos de la caza: guatusas, venados, pájaros y peces



se amontonan para enriquecer el rancho diario que calmará el hambre del pueblo. A lo lejos, metido en la montaña, un solitario hombre frente a una gran piedra, horada canales en ella mediante un buril de dura piedra y saca las figuras que la roca oculta. Escultor indígena, un Miguel Ángel aborígen inmortaliza su cultura para regocijo de su pueblo y admiración de los futuros. Sus vecinos observan su obra con respeto, ven en sus figuras magia, la magia de los señores ancestrales que formaron al hombre, que le dieron el maíz, la yuca, el pejibaye, la palma, los animales que les sirven de alimento. Signos de su cultura que perdura por los siglos de los siglos ¡oh buen Sibú!

Fueron meses tallando en el duro cuerpo ígneo para luego, satisfecho, mostrar su creación. Es Sibú cuando del maíz crea a los hombres, pensaron admirados en el pueblo. La creación es del agrado del awa. Los habitantes lo celebran con cánticos, bailes, comilonas, todo regado por la refrescante chicha que los transporta al lugar donde habitan los dioses, al lugar de donde proceden y es morada de sus ancestros... ¡La piedra dibujada!

Ahí quedó la gran piedra labrada, que el presente la preserva con respeto, porque evoca el misterio indígena, la fuerza mística de la que formamos parte. Evoca la intrínseca curiosidad innata del ser humano por entender y plasmar su mundo físico y metafísico. Evoca nuestra pequeñez ante los fenómenos que nos rodean, el recuerdo de cosas que no hemos conocido y la esperanza de preservarnos.

Los monocordes sonidos del tambor y de la ocarina se enredan en el sonido del ambiente, el sonido del gran río que serpentea como una sierpe de plata, el trinar de los pájaros, el aullido de los

congos, las frescas risas de las indígenas que muelen la yuca. La selva fecunda se abre ante las chozas que apuntan al cielo, el cantarín riachuelo donde se baña el pueblo. Un tigrillo pasa raudo tras la animala presa, mientras continúan los monocordes sonidos del tambor, y el pitido de la dulce ocarina rasga el silencio de la montaña para hacerse cada vez más tenue... Un potrero abierto en media colina resguarda la vacada inquieta. A lo lejos, una torre levanta su metálica osamenta y sostiene la energía que viaja en delgados hilos por las montañas. Se escucha a lo lejos el motor de un vehículo que al llegar se detiene frente a La Dibujada. Se abre la puerta que libera los retumbos de un estridente *reggaeton*. Unos visitantes se bajan para tocar y admirar los glifos que orgullosos se muestran en cuerpo y alma a una sociedad diametralmente opuesta a la de sus orígenes.

-Pero esas son cruces, cruces de malta, allá un cáliz, acá un mono, acullá una barcaza de dos mástiles, el de mesana y el de trinquete faltando solamente el palo mayor de una carabela, como en la que llegaron ellos para transformar por la cruz y la espada, inevitablemente, el territorio y su grey. -Y allá... la mano que señala, incrédula se petrifica en el silencio... Cada quien ve en los glifos lo que desea ver o entender, según su cultura, según su imaginación.

A unos pasos de los admirados visitantes, la etérea figura de un robusto indio sonríe con orgullo ante su obra, mientras tanto sus melancólicos ojos se pierden en la inmensidad del territorio que una vez fuera de su gente y que resguarda, celoso, las sagradas cenizas de su cobriza gente.

Varias vistas de la piedra dibujada. Se observa una cantidad impresionante

de figuras que cuentan un tiempo pasado. Es parte de nuestro ser. Los vecinos cuentan que esparcidas por los potreros cercanos existen otras piedras dibujadas, como un libro deshojado

cuyas páginas dispersa el viento. ¡Hay que rescatarlas del deterioro por el paso del tiempo y de la destrucción de los delincuentes!

Alegría en el pueblo

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Es un pueblo de los tantos que cabalgan la Fila Costeña. Más organizado que otros. Una ondulante plaza de fútbol en su centro sustituye el estrambótico parque de los pueblos interiores del país. Los edificios comunales surgen orgullosos del sudor de su gente. Maíz de los Uba, pintoresco nombre para un singular pueblo, transformado a Colinas, un nombre poco imaginativo, con escaso misterio.

Un fin de semana se celebró una actividad comunal, cuyo fin fue realizar una colecta para beneficio del conjunto de baile del lugar. La principal atracción, y única, fue el campeonato de fútbol que atrajo a los dispersos habitantes de esas agrestes montañas como las abejas a la dulce miel. En un pueblo pasivo, de campo, donde nunca pasa nada, donde la vida transcurre pasiva, diáfana, sin complicaciones, entre faena y faena en el campo, el campeonato fue un viento fresco en la monótona cotidianidad. Una oportunidad de oro para enterarse de las novedades ocurridas, de los chismes más calientes, de ver al chiquillo y la chiquilla de los sueños eróticos, o de estrenar los vestidos

comprados en la cercana tienda. Los vecinos empezaron a llegar. El rancho donde estaban las viandas era el sitio neurálgico de la fiesta.

Y el campeonato empezó. Jugaban como diablos defendiendo sus respectivos marcos de los indeseables goles del equipo contrario. Jugaron contra el equipo rival y contra las flexuras de la desnivelada cancha.

Y Juan mete un gol. –Y va Messi, bailándose a los rivales y sorprende a sus propios compañeros y en una ágil maniobra logró llegar al marco, engaña al portero con un movimiento rápido de piernas y torso, tira a marco y goooooooooool. Messi, el gran Messi que nunca falla una, esta vez no fue la excepción, señoras y señores. Engaña magistralmente al portero del Real Madrid. Navas lo ve con impotencia... ¡Bien Juancillo! le dice el entrenador. Juan vuelve de repente de sus ensueños y dirige la mirada al entrenador. –Se bailó de lo lindo a Maicol. ¡Bueno, bueno, lindo, Juan! Y el Juancillo orgulloso, como el distante Messi de la tele, levanta los brazos y corriendo con elegancia recibe la

ovación del pueblo. Bien Messi, bien Messi, escucha en su cerebro.

Mientras tanto, la venta de gallos de carne del chanchillo que mataron en la madrugada y que despertó a medio pueblo con sus estridentes gritos es incansable. El mañanero dolor del porcino fue la alegría de los comensales. No podía faltar el guaro, la cerveza y otros elixires mefistotélicos que pusieron turturutos a más de uno y una.

Las parejillas soñolientas bajo el influjo del sol del mediodía se hacían el amor con la mirada mientras que sus manos ya no sabían qué tocar de la contentera por tener tan cerca a su pareja. Ese día no se escondían del malhumorado suegro, como en otras ocasiones, cuando tenían que escabullirse al potrero o al río cercano, porque ese día la licencia estaba para la tomatanga y para el amor. ¡El dulce y tierno amor juvenil!

Cerca de la una de la tarde se desgajó un descomunal aguacero que hizo correr a los mirones hacia el comedor comunal, invadido por estudiantes de geología que descansaban de sus caminatas diarias de la Campaña Geológica, último curso para su ansiada graduación. En pleno aguacero le tocó el turno al partido femenino, por aquello de la igualdad de género. Una niña de meses de nacida, durmió indiferente ante todo lo que la rodeaba en el piso del comedor durante el tiempo del partido, mientras su progenitora demostraba sus cualidades futboleras y corporales en ese desfile de camisetas mojadas. ¡La intensa lluvia llevó fresca a los ojos! Mas volviendo a la poca malicia aldeana, si abandona así a su

niña en la capital, tiene el peligro de que le borren la niña del mapa.

Después del campeonato, Messi se evaporó como por encanto. Volvía a la vida cotidiana el Juancillo que se montó en su motocicleta y metiendo ruido se alejó de la actividad, a su hogar, pues el otro día tendría que enfrentar la vida en las faenas del campo para sostener la de su amada y la de sus cachorrillos.

Empezó la migración de vecinos a sus casas. Los más jóvenes casi siempre en motos que meten el infernal escándalo en las calles. Cada uno compite, desde su mal entendida hombría, en ver quién mete más ruido con su máquina y hace más estrambóticos malabares mientras de reojo ven a la chica de sus desvelos al pasar frente a ella, orondos, como trasnochados gallos de pelea, tratan de llevarse el tesoro de su mirada de amor y de deseo clavada, cual ardiente cuchillo, en su corazón. Don Quijote en su caballejo frente a su Dulcinea de sus húmedos sueños nocturnos.

Se va diluyendo la muchedumbre. Se va despejando el pueblo. Con cada galán en moto se encandila la ilusión de la Dulcinea que cuchichea con su amiga sobre los encantos de su Quijote.

Se pone el sol, llegó la noche que cubrió con su manto la vida del pueblo. Las luciérnagas del rescoldo del fuego se adivinan crepitar en la negra noche.

Se escucha la paz. El silencio nocturno, matizado por el violín de los grillos y el canto sereno del cercano río, devuelven la calma al pueblo.

Poesías geológicas

GIOVANNI PERALDO HUERTAS

Mayoría de versillos que escribí al calor de conocer otros lares o en el regazo de mi casa.

Nos maravilla la geología y sus procesos, que vemos y estudiamos cada día. Se hace el silencio. Respetuoso silencio ante la imponentia del tiempo y sus estratos. Los volcanes imponentes, la tragedia de lágrimas del sismo, o la grácil forma de un microorganismo preservado en su cuna de roca. Los variados tonos de los cristales a través del microscopio o la caída de una montaña que cambia el paisaje.

Introducimos demiurgos y súcubos en el planeta. Vemos el castigo esperado al asomarnos al abismo volcánico. Líricos relatos aborígenes para explicar lo inexplicable: la frágil princesa convertida en un río o el apuesto guerrero dan vida al volcán explosivo. Porque ante tanta impotencia desde la escala microscópica a la gigante del espacio, el ser humano se ve desolado, inquieto, pues no sabe ni de dónde viene o hacia dónde va.

Somos parte de todo eso, de los procesos que transforman el planeta. Nos movemos en geológico escenario. La geología nutre la existencia humana. Al fin de cuentas, compartimos el átomo de las piedras, o del magma.

El estrato que cuenta su historia. El fósil testigo de otros tiempos. La familia ya ida... Todo duerme cobijado por geológico tiempo. Regresamos la materia de nuestros cuerpos a la tierra amada, un eficiente sistema que recicla esperanzas.

¿Qué hacer ante tanta geología, ante tanta maravilla? Compartir, hacer silencio y dejar que las musas hablen desde sus labios de roca.

Cerro Negro

Por el sendero de fantasía, se le observa en lontananza.

El viento, juguetón, susurra al oído.
El sol acaricia el rostro con sus dedos áureos.

El cielo cubre el paisaje con caperuza de tonos zarcos.

Allá a lo lejos se le descubre altivo.

Al final del arcaico sendero se observa su cono erguido.

Semeja una oscura y gigante panela.
El jeep deja detrás una densa estela de la piel arrancada al sendero.

Ya se observa cercano. La emoción desborda el alma.

Admiración, alegría, terror se conjugan y salen al galope por las abiertas puertas de los ojos;

su presencia impone el silencio en el paisaje.

Crisol de geoquímicas mezclas, que amalgaman la esmeralda de la vida con el intenso azabache fragmentado.

Vida y muerte, gimen y bailan, en sutil telúrica imagen dentro del ígneo bebé ennegrecido.

Exhalaciones cálidas,
tales como el aliento de Vulcano
salen de los poros de la Tierra.
Semejan hirvientes calinas sudorosas,
Que imitan el intenso escenario de un
principio.

¡Cerro Negro, tiernito, chiquitico!
¿Quién te arrulla en tus solitarias no-
ches?
¿Quién entiende tus lloriqueos de ceniza?
¿Alguien agradece tu belleza de ébano?

Engendrado por incandescente semen,
surgiste de violento parto
a través del rojo vientre de Las Pilas.
Te adormeces en el cálido regazo
materno.

¡Cerro Negro! Orgullosa retoño de los
Maribios,
heredas la imponente estirpe de los
tuyos.

Asustas a la raza humana
a la sola vista de tus efluvios.

Bebecito de geológico tiempo,
siglo y medio es nada, nada
en el eterno calendario del universo.
Siglo y medio es brecha enorme, enorme,
en el raquíptico humano tiempo.

Managua, 23 de octubre de 2008

Concepción

Penachos de gases hacia el cielo.
Ríos oscuros de tragedia,
se observan en la negra tierra ator-
mentada
del rugiente coloso incandescente.

Gigante de pies húmedos por oleaje
infinito,
rostro surcado en el tiempo

por profundas arrugas de añoranza.
Tu barba es un linóleo, verde de
esperanza.

Concepción te dijeron, olvidando tu
apelativo aborígen
que te dieron pueblos enteros que
admirados exclamaron:

¡Omeyateite!

Surgiste de las aguas infinitas para
rascar el cielo,
para fundar un vergel hecho paraíso,
verde y canelo.

Omeyateite fuiste, eres y serás por
siempre.

Concepción ceñudo, noble abuelo de
piedra.

¡Arenal de Nicaragua, santabárbara de
Moyogalpa!

Concepción geométrico, natural pirámide
de Ometepe.

Cuida a tus hijos que pululan por tus
dedos.

Protege a la María, que calentita en la
cuya espera a su hombre amado.

Vela por Vicente, que manda los frutos
de la tierra allende el lago infinito.

¡Pues sus raíces chupan el mismo
magma de tu vientre!

Por eso son hermanos de tus piedras,
son magmas de espíritu y de carne,
Concepción imponente, eres el rugido
del infinito lago.

Managua, 23 de octubre de 2008

Mombacho

Cuando observo la trunca silueta del
Mombacho,
veo la imagen política de una Nicaragua,
gigante, imponente, pero llorosamente

fragmentada.
 Mombacho por una telúrica convulsión,
 cuyo capitel ígneo voló fragmentado.
 Nicaragua por una perenne política
 explosión
 cuyos hijos, igual que las cenizas prietas,
 el viento del hambre las sopló, huma-
 namente inquietas
 a fertilizar otra tierra,
 a amalgamar otros lares.
 La geológica historia nutre la leyenda
 humana:
 la explosión telúrica iguala la diáspora
 malsana.
 Pero al igual que el Mombacho puede
 reconstruir su cono truncado,
 Nicaragua, puede revivir su espíritu
 fragmentado.

Managua, 23 de octubre de 2008

Petra

Soy una explosión de poesías en germen,
 que pare mi musa con encantos y risas,
 después del coito robusto, feroz, intenso,
 de eyacular letras tras letras,
 consumidas por la fascinación de la
 sorpresa,
 por el encuentro de la vida,
 se nutre el eterno encanto de la musa
 Petra.
 Porque así se llama mi musa,
 ¡Petra!
 Petra, le dicen,
 Petra le llaman.
 Porque tiene la eternidad dormida en
 estratos,
 calor de magma en sus entrañas,
 porque a diferencia del humano tiempo,
 Petra es eterna.
 Su historia se adivina en la roca,
 fecundada en lejanas centurias,
 por el eterno falo del universo,

cuando erecto, creó las estrellas,
 que dan vida a la poesía.
 Amalgamada en cada instante del hu-
 mano tiempo.
 Surgida por la pluma mística, encade-
 nada
 al origen del tiempo, de las palabras,
 al origen del sentimiento humano,
 fascinado, acongojado.
 Esa es Petra, que surgió en el principio
 de los tiempos
 y me adoptó cual vil criatura,
 atormentado por ver pasar la vida,
 acongojado, soñoliento,
 animal que oculto, ve pasar el tiempo.
 Pero con el espíritu encantado,
 con la impresión que el cuerpo baila,
 que deja salir a la Petra, la eterna Petra,
 para contar la vida, para catar el tiempo
 hasta que la eternidad llame,
 cuando el número de turno quede en la
 pizarra eterna.
 Hasta ahí, Petra será mía, muy mía.
 Otro se extasiará con el candor de su
 encuentro,
 buscará más poemas entre el olimpo y
 el hades,
 entre la sima oceánica y el ápice
 volcánico.
 Poesías que el tiempo borraré de
 inmediato.
 Otro, estrujará a Petra,
 y esta lo hará vibrar,
 lo hará sentir, deseando,
 lo hará eyacular lujuriosas poesías de
 la vida,
 orgásmicos poemas de la muerte.
 Pero yo, me he ido, lento, muy lento
 por subterráneo conducto
 sin una moneda, sin nada que dar
 para salvar la hórrida Estigia: las
 derrotas de la vida.
 Solo escucharé los ecos de la inmortal
 Petra,
 lejanos relámpagos ígneos que destellan

como una calina agonizante en mi
negra tumba.

Chile, 3 de noviembre de 2008

Un lacónico recuerdo

Una pluma lumínica espeluznante y
bella
Rasgaba la monótona negrura de las
soñolientas noches
Ojos admirados, miradas temerosas
tras lujosas cortinas
O al través de una desnuda ventanuca
que traqueaba a menudo
Y que atajaba a medias, los rezos de la
plebe asustada.
Pedirán al coloso del norte no mover
sus fuertes piernas
Y al demiurgo celeste no jugar con la
lumínica pluma
¡Más se cumplirán, de Flammarión, los
presagios funestos!
Aguacaliente se agita como potro
salvaje.
Quiso sacudir los campos de los recuer-
dos añosos
De la tierra, que forjó una ancestral
historia
Cargada de violencia, salpicada de
añoranza
De una historia empachada de mil
tragedias
Adicta a la ardiente ceniza y a la fría
niebla
A los sonoros truenos cargados de ri-
queza
A los lóbregos retumbos desde la bocaza
incandescente
Huraña, temible
Pero ese día, Aguacaliente despierta
encabritada
Y trocó en tétrico el crepúsculo vespertino

A los gemidos, gritos y ayes
Salpicados de aves marías, *pater noster*
y santos fuertes
Revueltos con el crujido de la piedra o
el gemir de la arcana madera
Siguió el espectral silencio de la muerte
Una nube de polvo viejo, sirvió de tris-
te mortaja
Y para completar el miedo, un bólido
araña el nocturno cielo
La luz de la mañana se espantó de la
doliente escena
La ciudad era escombros
Gentes, como sonámbulas, caminando
a ninguna parte
Como barcos, que pierden en el puerto
sus amarras
Caras sucias que no externan
sentimiento
Pétreas caras que reflejan el recuerdo
vago de un fugaz instante
De un tétrico instante en que se de-
rumbaron los sueños
Altivos algunos, raquíuticos otros
Miradas perdidas en un ignoto, lejano
punto
A cada movimiento se caían las plegarias
de las arqueadas bocas
Surcos de secas lágrimas acentuaban
el polvo de las caras
La ciudad quedó herida de muerte
El país entero a capa caída
Banderas a media asta
Sonrisas a medio flote
No hay más alegría en la miseria
Espeluznante
Horadada
Cartago altiva, cayó humillada
Rendida por el feroz, telúrico movimiento
Fragmentada por la discorde orgía de
invisibles ondas
Que se llevaron al galope cientos de
variopintas almas
Que volaron raudas, hacia el estoico
barquero del eterno Hades

Cartago lamenta sus muertos
 Cartago gime sus ruinas
 La campiña, de tonos glaucos, eleva in-
 crédula la plegaria
 Hoy, Cartago recuperó su aire
 Ha acumulado más páginas de historias
 nuevas
 Pervive entre la calina gélida y las
 cenizas prietas
 Un mar de gente que mueve en oleadas
 la vida
 Mientras tanto, Aguacaliente duerme
 el geológico sueño
 Pero despertará algún día para sacudir
 de nuevo el campo esperanzado
 Mientras tanto, la gran pregunta
 aflora en los labios:
 ¿Qué pasará entonces?

Coronado, 24 de diciembre de 2009

Canción en gris ceniza

Penacho enhiesto,
 fuelles de Vulcano,
 El Turrialba hierve en su propio caldo.
 Lanza su cimiente al campo
 iracundo,

calina fantasmagórica
 ceniza bailarina, fina,
 que libera el coloso desde su raíz de
 magma.
 Ira desatada
 árbol de ébano
 crece sobre la fría cima,
 arranca hayes y gemidos sordos
 de la grey que atónita lo mira.
 El paisaje yermo, otrora fecundo
 La Central desierta
 el bosque eleva como en plegaria sus
 desnudas ramas
 el viento aúlla entre sus huesos
 el alisio esparce las entrañas del
 Turrialba.
 Toda la vida se esconde, asustada
 canción en gris ceniza,
 ceniza, ceniciento, siento tu ácido
 aliento.
 Gris ceniza que cubre el campo
 esperanzado.
 Incertidumbre ante un gris mañana
 un geológico portento que nos recuerda:
 somos pobres bichos sobre la faz del
 planeta.

Coronado, 6 de noviembre 2016.